

LA GUARDIANA DE LOS CUENTOS

VERÓNICA BALTA

Mariangel Solomita



—Vos a mí me vas a ver.

Verónica Balta se describe así: un metro ochenta de altura, la piel negra, bien gorda. Repite: un metro ochenta de altura. En la Cuenca de Casavalle, un grupo de barrios que se definen por la precariedad, Verónica está convencida de que su tamaño, esa abundancia, es una forma de sobresalir.

Las llaves del candado le cuelgan del cuello. El candado es la única protección de su hogar, aunque para colocarlo haya tenido que agujerear una de las paredes y por ese hueco entre una ráfaga de frío constante que impacta, directamente, sobre la nuca de quien se siente en uno de los tres asientos que hay entre la cocina, el baño y una habitación sin puerta, separada por una cortina; todo en un único ambiente, en el que vivió primero con su marido y sus dos hijos, luego con él y una nieta, y ahora sola.

La soledad, este espacio por primera vez privado, no es una noticia que la haga feliz. Junto a las llaves del candado cuelgan una estampita plastificada de San Expedito, un alicate y otras llaves que Verónica no sabe qué abren: este era el llavero de su esposo fallecido hace un mes y medio tras ocho años de enfermedades distintas, pero muerto finalmente por un cáncer que “lo tomó todo”; una causa perdida incluso para el santo que tiene la extravagante fama de vencerlas. De su presencia queda un tanque de oxígeno largo y flacoy ese manojito de metal que le tironea el pescuezo, como si no quisiera soltarlo.

—Tenías que tenerlo atado a la cama porque él siempre se quería ir del hospital —cuenta abarcándolo todo con su vozarrón, disimulando con su histrionismolos ojos vidriosos.

Más que por la altura Verónica se distingue por hablar

como si protagonizara una comedia, con un tono alto, gracioso, acelerando las palabras para darles un sentido cómico.

Pero no es esto lo que importa. Me habían dicho que aquí había una biblioteca, la primera del barrio Nuevo Ellauri, uno de los tentáculos de esta zona marginada. No la veo.

—Yo tuve una sí, pero hace 15 años me la prendieron fuego. Andaban robando, yo estaba en un cumpleaños a pocas cuadras, me avisaron y cuando llegué ya no tenía nada. Me quedé con lo puesto.

Verónica dice fuego como quien dice humedad, caño roto, cualquier problema grave pero circunstancial que puede pasarle a una vivienda. “Se ve que tocó cable y prendió”, supone. La respuesta está a la vista: sobre el lavaplatos de la cocina atraviesa un enjambre de cables anudados que recorren la casa. En Nuevo Ellauri todos “están colgados de la luz”. Evitan pagar por electricidad bajo el riesgo de perderlo todo, realmente todo, en cinco minutos.

Así se extinguieron más de 100 historias de amor, aventuras, metafísica, investigaciones policiales y textos de estudio que de vez en cuando algún estudiante le pedía para copiar. Habían sido ofrendas de un grupo de vecinos que suelen tener las manos vacías. Como sabían de su gusto por la lectura, cada vez que se encontraban un libro en un contenedor se fijaban si tenían todas las páginas y si era así, se lo llevaban. Maltrechos, ella los devoraba. Una tarde el marido apareció con un pote de pegamento y juntos repararon portadas, lomos y contratapas: los resucitaron.

De a poco, Verónica armó en un rincón de su casa una biblioteca pública.

La inmensa mayoría de los vecinos que la visitaban devolvían los libros prestados.

Entre ellos, las obras más populares eran las de Paulo Coelho.

La lectura, perderse entre personajes y cuentos, es un placer heredado. Verónica se acostumbró a leer desde que era una niña. Su padre había acumulado libros en la pieza que ocupaba junta a ella y su madre en una pensión. Los fines de semana iban a la feria en busca de otros nuevos. Sus primeros recuerdos son de haber leído *Heidi*, *Los tres mosqueteros*, *Las mil y una noches*, *Mujercitas* y *Hombrecitos*. Estas dos últimas historias las detestó por su dramatismo.

—Para drama ya tengo la vida.

Sin embargo, ahora que tiene todo el tiempo para ella, Verónica retomó la lectura de *Hamlet* que, ¿no es uno de los mayores dramas escritos?

—Triste es *Romeo y Julieta*: una se duerme, el otro se mata, ¡haber tenido celular! Yo sé que Hamlet muere, pero quiero saber cómo es que se muere el hombre este —retruca.

El libro de William Shakespeare se lo vendieron por \$ 10. Lo sacaron de un basurero, cuenta esta guardiana de historias que se niegan a desaparecer.

—La gente tira muchísimos libros, no tienen idea de lo que hacen.

—¿Te gustaría tener otra biblioteca?

—Me encantaría, pero no sé si trabajaría para el barrio otra vez. Este ya no es un lugar alegre.

\*\*\*

En 1947, en Paso Molino, abrió sus puertas José Martínez Reina S.A., una fábrica textil popular por sus frazadas marca La Aurora, que llegó a emplear a 522 obreros y fue una de las hijas prósperas de una Montevideo industrial. Pocas décadas después, endeudada, cerró. La construcción que abarca una manzana quedó abandonada. Apenas llegó la democracia, el gobierno de Julio María Sanguinetti acondicionó este gal-

pón para recibir a 110 familias del Barrio Sur que ocupaban pensiones abandonadas en peligro de derrumbe.

Iba a ser, les dijo, una estadía transitoria: no más de tres meses. Habría un servicio de portería y limpiadores. Luego, les prometió, les daría una casa propia en un lugar poco habitado pero con potencial, cerca del barrio Casavalle.

Verónica y su marido fueron elegidos para ir a Martínez Reina porque ella estaba a punto de parir a su primera hija. Tenía 21 años. La niña nació cuatro días después de que se habían instalado en la habitación de un piso alto. Pero ese trimestre se convirtió en una década de espera y tras el portero se marcharon los limpiadores. Pronto la antigua fábrica se convirtió en un monstruo de mil cabezas que para algunos era “una cueva de ladrones” e incluso algún diario informó: “un nido de sífilis”.

—Querían hacer un régimen tipo pensión, pero todos estaban acostumbrados a mandar en su casa, a entrar y salir a cualquier hora y a lo último nos dejaron ahí.

Verónica dice que allí sí se vivía en armonía. Había una policlínica, una escuela, un comedor público y estaban rodeados de comercios de todo tipo: carnicería, panadería, supermercado, farmacia, tiendas de ropa. Estaban cerca de la playa.

Del cuello, junto al llavero, le cuelga un sobre de tela rosada, dentro está su celular y en el celular almacena fotos de aquella época: los años felices que algunos viejos vecinos archivaron en un grupo de Facebook que se llama “Viejo y querido Martínez Reina”.

—Era como una favela tranqui, sin muertos, no teníamos esos problemas. Yo no tenía que andar poniendo un candado. No había robos, no había violaciones, no existía esto de que te despertás y te mataron al vecino.

Eso ya pasó.

La segunda vida de Verónica empieza un 28 de diciembre de 1994, cuando se mudó a la casa que por estos días cierra

con candado y no deja sola por miedo a que le roben lo poco, poquísimos, que tiene. Llegó en un camión, con sus dos niños y un montón de muebles, y se enfrentó a un grupo de vecinos que la recibieron con una piedra en cada mano. El gobierno ahora desalojaba Martínez Reina y los reubicaba en viviendas de uno y dos ambientes.

Aunque eran cuatro, a los Balta les tocó la de uno. Los muebles no cabían y se resignaron a abandonarlos en la vereda de una calle que todavía figura en los mapas como si fuera un baldío.

—La primera noche la pasé llorando. Cuando llegó mi marido nos dimos cuenta de que nos habían mandado al lejano oeste. Estaba todo desierto. No había nada. No teníamos dónde comprar comida para darles a los niños la cena.

Desde ese momento, las anécdotas de Verónica se organizan en cantidades de cuadras dentro de un parámetro mínimo para el tamaño del país, pero que es toda la perspectiva que imagina. Cuánto había que caminar para llegar a la carnicería, a la escuela, para comprar un par de championes. Salir de la Cuenca de Casavalle no es una opción cuando el presupuesto no alcanza para los boletos y las distancias se miden en piernas y las piernas en cansancio y el cansancio en tiempo perdido para trabajar. Eso era lo que más les molestaba, más que los insultos de los nuevos vecinos gritándoles “putas” y “malandros”.

—Llegó marzo y fuimos hasta la escuela que habían construido para recibirnos. Estaba la directora, la secretaria y la limpiadora: los maestros iban a llegar en agosto recién. Las otras mujeres se pusieron agresivas y decían que había que romper todo. Yo me acerqué a la secretaria y le pregunté si no había otro lugar donde poder mandarlos. Al día siguiente, mientras las otras madres iban a putear yo me fui a la otra escuela e inscribí a mis hijos.

—¿Terminaron los estudios?

—No. La nena se empezó a escapar y me apareció embarazada a los 14. El varón tampoco terminó. A mí este barrio me arruinó a los hijos.

\*\*\*

Un año después de que las familias fueron trasladadas desde la fábrica hasta la zona de las calles Teniente Rinaldi y San Martín, El Abrojo ideó un proyecto —Cachavache— para acompañarlos en el nuevo barrio y ayudarlos a arraigarse culturalmente. Primero buscaron referentes e inmediatamente, por su sentido del humor, identificaron a Verónica. Fue una de las que abrió las puertas de esta comunidad y además se convirtió en un enlace. Aprovechando su gusto por la lectura, uno de los proyectos que surgieron fue impulsar la creación de la biblioteca en su casa.

\*\*\*

Como paquetes, de una vivienda a otra, de un barrio a otro barrio, fueron adaptándose. Y todo el universo es lo que se alcanza a ver desde el punto más alto de la manzana. Verónica no podía elegir dónde vivir pero sí cómo hacerlo y tenía una certeza: ella quería ser una madre responsable. Por eso dice que no entiende cómo los más jóvenes tienen hijos y los dejan abandonados, “tirados como animales”.

Culpa a las drogas.

—Yo vi el inicio de la pasta base. El porro es la puerta. Te dicen “ya no pega” y van para la merca. Se quedan sin plata y bajan a la pasta base. Lo veo todos los días. Veo a las madres corriendo a los hijos y a los hijos corriendo a los nietos.

Verónica sabe porque lo vivió. Pasó años cuidando que



cada vez que su hija pisaba la casa no le robara. Pasó años levantándola de algún descampado, mugrienta, inconsciente. Finalmente, una de las varias rapiñas que cometió la llevó a la cárcel con una condena de 12 años. Ahí terminó el liceo y dejó las drogas. Su madre dice que gracias a la ayuda de algunos espíritus umbandistas le redujeron la pena a la mitad. También fueron los santos morenos los que la reconciliaron con su hijo, que tiene un “alto antecedente” que esta madre no podía perdonar.

—Les pasa a todas las familias, ¿o no? Aunque te dueña tenés que dejarlos tocar fondo. Ahora, yo no entiendo por qué si me vieron siempre trabajando, si yo nunca robé, cómo es que lo hicieron. No entiendo a la droga. No concibo que me digan que es una enfermedad. He tenido que avisarles a madres que sus hijos se suicidaron porque se deprimen al no consumir.

Reconciliarse con los hijos.

Conseguir un trabajo.

Salud para el marido.

Comida en la olla.

Todo eso le cumplió la religión, “pero que te pegue un espíritu demora años”, explica. El tema es así: “Vos nacés con un espíritu pero tenés que estar preparado para recibirlo. Yo ayudaba a limpiar y a cocinar en el templo pero no estuve preparada para recibirlos porque requiere responsabilidad y yo tenía que criar a mis hijos, y requiere plata, que yo no tenía”.

Verónica tiene 54 años y no cobra ninguna pensión. El Ministerio de Desarrollo Social le carga \$ 992 cada mes en una tarjeta que es su único ingreso fijo. Algunas veces vende ropa usada y con eso subsiste, además la ayudan los hijos con lo que pueden, por eso el umbandismo es un lujo que nunca se ha podido dar por completo.

Para empezar, los “bichos que se sacrifican son caros”. Y

además, cada espíritu pide una bebida distinta. San Jorge quiere cerveza o caña, La Virgen María agua con miel o fanta, “de repente acepta jugolín”. A Verónica se le acercó el espíritu de un indio: le pidió licuado de frutas. Y se le acercó una diablita, pero la visita fue corta: no quiso beber.

—¿Y es a los espíritus que le pediste favores?

—No precisa, tengo una amiga que habla con ellos porque nació con los espíritus. Yo tomo mate con ella y ella me ayuda.

Durante tres meses las imágenes de estos santos deben estar ocultas por el período de duelo. Para distraerse, Verónica viaja hasta Los Palomares, donde vive su hija, y se queda dos, tres días con ella y sus nietos. Mira películas de terror. Mira ópera subtitulada. Piensa en cómo sería poder ir a ver *Hamlet* al teatro o al ballet, pero no se queda, una vez, hace años, fue al teatro Solís y siempre cuenta esa experiencia.

—El barrio está horrible pero no me quiero ir. Por lo menos acá conozco a la gente. En el Centro, en las pensiones que son el lugar más tranquilo, están robando. En los hoteles roban. Caminas por 18 de Julio y te arrastran. Ni hablemos de la Aduana, que por más que haya cámaras te agarran. En el campo están matando a los viejos. Están todos los barrios iguales. Ya no queda un lugar en el mundo que esté tranquilo, ¿o sí?

Los placeres de Verónica son inmóviles, acotados a un espacio que conoce y asume como el único posible, pero al mismo tiempo sospecha que hay más, que puede ser que no lo esté viendo todo, que lejos de la misma calle donde le indicaron que debía vivir 24 años atrás, lejos de sus vecinos muriendo y del escenario de las peores estadísticas del país, hay más. Por eso insiste en leer la historia de un príncipe que quiere vengar la muerte de su padre en Dinamarca, aunque le rechinen los dramas porque su vida, de cuentos tristes, está completa.